

mino para la playa, y está en la altura del Norte á 35 grados y 30 minutos, y distante como veinte leguas del puerto de Monterey. Es el terreno bastante poblado de crecidos pinos, que producen abundancia de piñones (semejantes en todo á los de España), les cuales comen los indios, causándoles por su naturaleza cálida algunos accidentes. Está poblado asimismo de grandes encinos y robles, que franquean á los indios varios géneros de bellotas, las cuales después de secas al sol, guardan todo el año para mantenerse, haciendo sus poleadas y pinoles, para lo cual se sirven también de los zacates ó yerbas que con abundancia les ministra el campo. No es menor la que hay de conejos y ardillas, tan sabrosas como las liebres. Es mucha su fertilidad y facilita abundantes cosechas de trigo, maíz, frijol y otras varias semillas de España con que ahora se mantienen los habitantes.

El clima en tiempo de verano es sumamente cálido, y el invierno frigidísimo por las muchas heladas que se experimentan; de suerte que un arroyo que corre todo el año inmediato á las casas de la mision, se cuaja con ellas, quedando suspenso el curso de aquella corriente hasta que el sol con sus rayos derrite el yelo; y por la misma causa suelen experimentarse notables quebrantos en las sementeras, principalmente en las de maíz y frijol si se siembran temprano.

Tan fuerte fué la helada que cayó el día primero de Pascua de Resurreccion en el año de 1780, que una gran sementera de trigo espigado ya todo y en flor, quedó tan seco como el rastrojo por el mes de agosto. Fué este accidente de grande desconsuelo para los indios y mucho mayor para los padres, considerando los muchos atrasos que se siguen cuando falta bastimento á la mision, pues es preciso vayan los neófitos por los cerros en busca de semillas silvestres para alimentarse como cuando eran gentiles. Avanzado la fe los padres y confiando en el patrocinio de san Antonio, convidaron á los cristianos nuevos para hacerle la novena. Asistieron á ella todos con mucha puntualidad y devocion, y al empezarla mandaron los padres soltar el riego á las heladas milpas, que estaban enteramente secas. Dentro de pocos dias advirtieron que nacia de nuevo ó retoñaba desde la raíz el trigo, y al acabar la novena estaba ya todo el campo verde. Continuáronle el riego y creció con tanta prisa, que á los cuarenta dias, en el de Pascua de Espíritu Santo, estaba ya el trigo tan alto como el seco, con las espigas floridas y grandes, que granaron y sazaron por el mismo tiempo que los años anteriores, lográndose una cosecha tan crecida y de grano tan abultado, que jamás habian visto otra semejante. Reconociéndose desde luego obligados, así los padres como los indios, por tan especialísimo prodigio como Dios nuestro Señor se dignó obrar en su favor por la intercesion del santo patrono y taumaturgo san

Antonio, le rindieron desde luego las mas afectuosas gracias.

Este caso y otros varios que omito por no abultar esta historia, han contribuido mucho para confirmar en la fe á los neófitos, y que los gentiles la abrazasen, como ha sucedido, excediendo el número de cristianos de aquella mision al de todas las demás, pues llegaron á contarse en ella antes de morir el venerable padre Junípero; mil ochenta y cuatro neófitos, con lo que vió cumplida la esperanza que desde el dia de la funcion tuvo en Dios y en el patrocinio de san Antonio, que habia de ser un gran pueblo de muchos cristianos. Así lo concedió el Señor á su siervo fray Junípero verlo cumplido en los dias de su vida, y que después de su ejemplar muerte vaya aumentándose cada dia mas el número de los cristianos, y no dudo que en el cielo pedirá á Dios (como me prometió antes de salir de esta vida) la conversion de todos los demás gentiles que pueblan estos dilatados países.

CAPITULO XXVIII.

PASA EL VENERABLE PADRE Á MUDAR LA MISION DE SAN CÁRLOS AL RIO CARMELO, Y LO QUE EN ELLA PRACTICÓ.

Después de pasados quince dias de establecida la mision de San Antonio, salió de ella para la de Monterey el venerable padre presidente fray Junípero, con vivos deseos de fundar la de San Luis; pero por la falta de tropa, cuya mayor parte se hallaba detenida en San Diego por el capitán Rivera habia un año, mortificó sus deseos al ver que hasta la subida del comandante don Pedro Fajes no podria efectuarse, y entre tanto se ocupó en mudar la mision de San Carlos á las orillas del rio Carmelo.

Para dar principio á esta obra, que juzgaba el siervo de Dios muy importante para la reduccion de los gentiles y subsistencia de aquella mision, que propiamente se fundaba de nuevo, pasó al sitio en que habia dispuesto se hiciese el corte de la madera, y considerando no ser bastante la que habia, mandó se continuase cortando ínterin volvía del presidio. Bien pudiera el venerable padre encomendar este material trabajo á su compañero el padre Crespi, á los religiosos destinados para la mision de San Luis, los cuales estaban como ociosos en el presidio, hasta que se verificase la salida para establecer su mision. Pero no quiso perder este mérito ni cargar á los otros el trabajo, sin duda para darles ejemplo y que no se desdiesen de ejercitar semejantes officios mecánicos que se dirigen á tan noble fin y son muy del agrado de Dios, como dice en su citada carta la venerable madre María de Jesús. Dejó en el presidio á los dos ministros de la mision de San Luis para que administrasen á la tropa, y á su compañero para que cuidase de los

indios neófitos, dándoles no solo la comida del cuerpo, sino también la del alma, rezando dos veces al dia la doctrina cristiana; y á ambos hizo el encargo de que siempre que fuesen gentiles procurasen regalarlos y dirigirlos al rio Carmelo, donde haria lo mismo su reverencia.

Concluidas estas prevenciones, se encaminó al sitio destinado para la mision, distante una legua del presidio, á hacer vida eremítica, cuya habitacion fué de pronto una barranca, en la que se mantuvo sirviendo de sobrestante, y muchas veces de peon, hasta que hubo alguna vivienda en que acogerse para libertarse del mucho viento frio que se experimenta en aquella cañada casi todo el año. La primera obra que mandó hacer fué una grande cruz, que bendita, enarboló, ayudado de los soldados y sirvientes, y fijó en la medianía del tramo destinado para compás, que estaba inmediato á la barranca de su habitacion, y otra que servia de interina iglesia, siendo su compañía y todas sus delicias aquella sagrada señal. Adorábala luego que amanecía y cantaba la tropa el alabado, y delante de ella rezaba el siervo de Dios maitines y prima, é inmediatamente celebraba el santo sacrificio de la misa, á que asistian todos los soldados y mozos. Después comenzaban todos su trabajo, cada uno en su destino, siendo ingeniero y sobrestante de la obra el venerable padre, quien muchas veces al dia adoraba la santa cruz, rezando delante de ella el oficio divino, según lo oí todo de boca del cabo que sirvió de centinela en aquel sitio; y lo mismo practicaba de noche al concluir el rezo de la corona, con cuyo ejemplo hacian lo propio los soldados, enseñándose tambien los indios.

Cuando iban los gentiles á visitar al venerable padre, que raro era el dia en que dejaban de hacerlo atraídos de curiosidad ó de los regalos que les hacia, era lo primero que practicaba persignarlos por su propia mano, y después les hacia adorar la santa cruz, y concluidas estas santas ceremonias, los regalaba, ya con comida que les mandaba hacer de trigo ó maíz cocido, con atole hecho de dichas harinas, ó ya con avalorios, y procuraba agasajarlos cuanto podia, aprendiendo con ellos el idioma. Iban tambien á visitarlo los nuevos cristianos, que pedian licencia al padre Crespi, para ir, como decian, á ver al padre viejo, y con ellos tenia sus delicias mostrándoles mayor cariño que si por naturaleza fuesen sus hijos. Enseñóles á que saludasen á todos con las devotas palabras: *amar á Dios*; y se extendió de tal manera, que hasta los gentiles decian esta salutacion, no solamente á los padres, sino á cualquier español, y quedaba extendida por todo este vasto terreno, enterneciendo el corazon mas duro al oír á los gentiles que lo mismo es encontrar á sus compañeros ó á los españoles por los caminos, que referir aquellas palabras *amar á Dios*.

Luego que tuvo el venerable padre concluida la fábrica de espilla y vivienda suficiente, que

fué á fines del año de 1771, llamó á su compañero el padre Crespi y se mudó á la nueva mision: con todos los cristianos neófitos, y empezaron á trabajar ambos en aquella espiritual conquista; siendo esta su peculiar mision; en donde se mantuvo ínterin no tenia que salir á visitar las misiones y viajes precisos del ministerio de presidente, hasta que murió, dejando en sola ella mil y catorce bautizados entre adultos y párvulos, la mayor parte por el venerable padre, pues era en esta materia sin comparacion celoso y sin saciarse sediento.

CAPITULO XXIX.

ARRIBO DE LOS SEIS MISIONEROS Á SAN DIEGO Y ESTABLECIMIENTO DE LA MISION DE SAN GABRIEL.

Ya queda dicho en el capítulo XXVI cómo el dia 7 de julio del año de 71 salió el paquebot San Antonio del puerto de Monterey, y en él los seis ministros para las tres misiones del Sur con el comandante don Pedro Fajes, y que después de ocho dias de navegacion, á 14 del mismo mes, dieron fondo en el puerto de San Diego, donde hallaron á los padres sin novedad, y los destinados para ministros de aquella mision se hicieron cargo de ella; y usando de la licencia los dos que por enfermos la habian solicitado para retirarse, se embarcó uno en el mismo paquebot que salió el 21 del propio mes para San Blas, y otro con la primera partida que salió para la antigua California, bajó á una de aquellas misiones.

Luego que el barco salió se empezó á tratar de los nuevos establecimientos; pero por la desercion de diez soldados, á tiempo que estaban ya para salir, hubieron de detenerse hasta que se consiguió su incorporacion en la tropa, por haber ido uno de los misioneros á convencerlos, ofreciéndoles el perdon; y estando dispuesta la salida para el dia 6 de agosto, volvieron otros á desertar; pero no obstante esto, dispuso el capitán que saliesen los de la mision de San Gabriel; que después saldria él con los padres de San Buenaventura.

El citado dia 6 de agosto salieron de San Diego los padres fray Pedro Gamboa y fray Angel Somera resguardados con diez soldados y los arrieros con la reeva de los avíos. Caminaron hácia el rumbo del Norte por el camino que transitó la expedicion; y habiendo andado como cuarenta leguas, llegaron al rio de los Temblores, llamado así desde la expedicion primera; y estando en el registro para elegir terreno, se les presentó una numerosa multitud de gentiles, que armados y presididos de dos capitanes, con espantosos alaridos pretendian impedir la fundacion. Recelando los padres se rompiese la guerra y se verificasen algunas desgracias, sacó uno de ellos un lienzo con la imagen de nuestra Se-

hora de los Dolores y lo puso á la vista de los bárbaros; pero no bien lo hubo hecho, cuando rendidos todos con la vista de tan hermoso simulacro, arrojaron á tierra sus arcos y flechas, corriendo presurosos los dos capitanes á poner á los piés de la soberana Reina los avalorios que al cuello traían, como prendas de su mayor aprecio; manifestando con esta accion la paz que querían con los nuestros. Convocaron á todas las rancherías comarcanas, que en crecidos concursos de hombres, mujeres y niños venían á ver á la santísima Virgen, cargados de varias semillas, que dejaban á los piés de la santísima Señora, entendiendo que comía como los demás.

Iguales demostraciones hicieron las mujeres gentiles del puerto de San Diego después de pacificados aquellos habitantes, pues habiéndoles manifestado otra imagen de nuestra Señora la Virgen María con el niño Jesús en los brazos, luego que lo supieron en las rancherías inmediatas ocurrieron á verla, y como no pudiesen entrar por impedirselos la estacada, llamaban á los padres, y metían por entre los palos sus cargados pechos, expresando vivamente por señas que venían á dar de mamar á aquel tierno y hermoso niño que tenían los padres.

Con haber visto la imagen de nuestra Señora los gentiles de la mision de San Gabriel, se mudaron de tal suerte, que frecuentando las visitas á los religiosos, no sabían cómo manifestarles el contento de que hubiesen ido á avecindarse en sus tierras, y ellos procuraban corresponderles con caricias y regalos. Pasaron á registrar aquel grande llano y dieron principio á la mision en el lugar que juzgaron á propósito, con las mismas ceremonias que quedan referidas en las demás reducciones. Celebróse la primera misa bajo de una enramada, el día de la Natividad de nuestra Señora, 8 de setiembre, y el día siguiente dieron principio á fabricar una capilla que sirviese de interina iglesia, y asimismo una casa para los padres y otra para la tropa, todo de palizado y con cerco de estacas para la defensa en cualquier evento. La mayor parte de la madera para las fabricas la cortaron y arrancaron los mismos gentiles, ayudando á construir las casitas, por cuya causa quedaron los padres con la espectacion del feliz éxito, y que desde luego no repugnarían abrazar el suave yugo de nuestra evangélica ley.

Cuando mas contentos estaban aquellos naturales, desgració esta buena disposicion uno de los soldados, agraviando á uno de los primeros capitanes de las rancherías, y lo que peor es, á Dios nuestro Señor. Queriendo el capitán gentil tomar venganza del agravio que se habia hecho á él y á su mujer, juntó á todos los vecinos de las rancherías inmediatas, y convidando á los hombres capaces de tomar las armas, se presentó con ellos á los soldados, que distantes de la mision, guardaban y apacentaban la caballada, de los

cuales era uno el malhechor. En cuanto estos vieron venir tanta armada, se vistieron las cueras para el resguardo de las flechas, y se pusieron en arma, sin tener lugar de dar aviso á la guardia, que ignoraba el hecho del soldado. Lo mismo fué llegar los gentiles á tiro de escopeta, empezaron á arrojar flechas, encaminándose todos al soldado insolente. Este con la escopeta apuntó al que veía mas osado, presumiéndose sería el capitán, y disparándole una bala, lo mató. Luego que los demás vieron el estrago y fuerza de las armas de los nuestros que jamás habian experimentado, y que las flechas no les hacian daño, huyeron presurosos, dejando al infeliz capitán, que después de haber sido el agraviado, quedó muerto; de cuyo hecho resultó que se amedrentasen los indios.

Llegó á pocos dias de haber sucedido esto el comandante con los padres y avió para la mision de San Buenaventura, y temiendo que los gentiles hiciesen algun atentado para vengar la muerte de su capitán, resolvió aumentar la guardia de la mision de San Gabriel hasta el número de diez y seis soldados. Por este motivo y la poca confianza que habia de los restantes, á vista de tan repetidas deserciones, hubo de suspenderse el establecimiento de la mision de San Buenaventura hasta ver el éxito de la de San Gabriel, donde quedaron los dos ministros de aquella con todos sus utensilios hasta nuevo aviso. El comandante subió con los demás soldados para Monterey, llevándose al que habia matado al gentil, para quitarlo de la vista de los otros, no obstante que el escándalo que habia cometido estaba oculto así al comandante como á los padres.

Quedaron por esta razon cuatro misioneros en la doctrina de San Gabriel; pero habiendo enfermado los dos ministros de ella, en breve tiempo hubieron de retirarse á la antigua California, y los dos destinados para San Buenaventura quedaron administrándola y procurando con toda la suavidad posible atraer á los gentiles, quienes poco á poco fueron olvidando el hecho del soldado y la muerte de su capitán, y empezaron á entregar algunos niños para ser bautizados, siendo de los primeros el hijo del miserable difunto, que con mucho gusto dió la viuda; y á su ejemplo fueron otros entregando los suyos, y se fué aumentando el número de cristianos, de suerte que pasados dos años de fundada la mision que estuve yo en ella, ya tenían bautizados setenta y tres, y cuando murió nuestro venerable padre se contaban mil y diez y nueve neófitos.

CAPITULO XXX.

ENVIA EL VENERABLE PADRE Á SU COMPAÑERO AL RECONOCIMIENTO DEL PUERTO DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

Llegó el comandante don Pedro Fajes á Mon-

terey, y hallando mudada ya la mision de San Carlos al rio Carmelo, pasó allí á ver al venerable padre fray Junipero para comunicarle cuanto habia pasado. Causóle al siervo de Dios mucha pena que se frustrase el establecimiento de San Buenaventura, por ser esta mision de las tres proyectadas primeramente, y la que llamaba peculiar suya el ilustrísimo señor visitador general don José de Galvez; pero viendo que no habia sido por causa de los misioneros, dió á Dios las gracias, así por esto como porque se hubiese conseguido la fundacion de San Gabriel, confiando en su divina Majestad que cuando fuese de su mayor agrado se estableceria aquella con mejores proporciones y menos ansias. Así se lo concedió el Señor después de trece años de proyectada; y aunque fué la última que el venerable padre fundó, pudo decir de ella lo que la Iglesia santa de la canonizacion del mismo serafico doctor san Buenaventura: *tamen quo tardius eo solemnius*, como en la narracion de este establecimiento se verá.

Viendo el venerable fray Junipero desgraciada aquella fundacion, le propuso al comandante la de San Luis; pero se excusó por la misma razon, diciéndole que si se disminuía la tropa y venia de San Gabriel noticia de alguna novedad en aquella mision por parte de los indios, se veria desde luego imposibilitado de pasar á socorrerla; que luego que se supiese que estaban en quietud, se daría mano en fundar la reduccion de San Luis.

Considerando aquel fervoroso prelado que entre tanto no se verificase novedad alguna por abajo, omitirían el despacho de correo, y que con esta espectacion se estarían todo el año sin adelantamiento alguno, propuso al comandante Fajes que ínterin se recibía noticia, se fuese al reconocimiento del puerto de nuestra padre San Francisco, para ver qué sitio se encontraba proporcionado para la mision, y á comunicar y congratular á los gentiles, para que hubiese esto adelantado cuando llegase la ocasion del establecimiento. Convino el comandante á esta expedicion, ofreciendo ir en persona con el padre Crespi luego que pasase la estacion de las aguas, si para este tiempo no habia novedad.

Viendo á mediados del mes de marzo que ya no llovía ni habia venido correo de San Luis y dando por supuesto que no habria por allá ningún acaecimiento, salieron de Monterey el día 20 de dicho mes del año de 1772, de cuyo viaje y registro formó su diario el citado padre Crespi, que asentó á continuacion de los demás, al cual remito, al lector curioso. Impidióles concluir aquel registro á su satisfaccion la noticia que recibieron por un correo que llegó de San Diego, de que aquel puerto estaba á peligro de desampararse, por irseles acabando los viveres, y que para remediarlo habia bajado á la antigua California el padre Dumetz, pues aunque el paquebot

San Antonio habia traído aquel año igual carga de comestibles que en los antecedentes, pero tambien se habian aumentado los consumidores, así con los peones que quedaron del barco, como con los neófitos que se agregaban á la mision, por cuya causa iban dando fin insensiblemente los bastimentos que habia.

Luego que el comandante recibió esta noticia, estando en la expedicion del citado reconocimiento, retrocedió para Monterey, como se advierte en el expresado diario, y despachó la recua cargada de viveres para abastecer á San Diego y á San Gabriel, que por dicho correo se supo no habia habido novedad alguna con los indios de esta última mision, y si que los dos ministros de ella se habian retirado enfermos para la antigua California, y quedaban supliendo los de San Buenaventura, como dejó dicho. En atencion á esto y á que quedaba solo en San Diego el padre fray Luis Jaime, envió con la recua al padre fray Juan Crespi, que acababa de llegar del reconocimiento del puerto de nuestro padre San Francisco.

Llegó á San Gabriel y San Diego este socorro, y poco después recibieron otro, que les remitió yo de la antigua California con un misionero, y al mismo tiempo llegó el padre Dumetz. Quedó con esto socorrida aquella necesidad, que dentro de poco tiempo se trasladó á Monterey, porque retardándose el barco que conducia las provisiones tres meses mas que los años antecedentes, hubieron de padecer aquellos vecinos los efectos de la escasez, haciéndoles desde luego notable falta los viveres que embarcaron al puerto de San Diego.

En esta atencion se vió precisado el comandante don Pedro Fajes á tomar la providencia de dejar en el presidio un corto número de soldados y pasar con los demás á la cañada que llamaron de los Osos, distante cincuenta leguas del presidio, para hacer matanza de estas fieras y comprar semillas silvestres á los indios con que pudiera mantenerse la gente. Duró esta necesidad hasta que con el arribo del barco quedó remediada, aunque á los padres no les alcanzaron tanto sus tristes efectos por haberlos socorrido los gentiles, como se verá en la siguiente carta del venerable padre Junipero.

CAPITULO XXXI.

CARTA DEL VENERABLE PADRE CON ALGUNAS NOTICIAS Y LLEGADA DE LOS BARCOS.

“Viva Jesús, María y José—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou.—
“Carísimo amigo y mi señor: No me quiero querellar del limitado tiempo para escribir á vuestra revencia porque no parezca maña vieja; harto tengo con significar el recelo de lo que con trabajo escribo llegué á sus titu-

“ los. Le que primero digo es que gracias á Dios tengo salud, y que no me ha tocado á mí ni á ninguno de los padres compañeros la hambre que por estas tierras á mortificado y mortifica á muchos pobres. Lo segundo que cuando esperábamos el barco, nos ha llegado la noticia de ser dos los que vienen á este puerto; pero con haber llegado ambos á la altura, y aun el uno á dos leguas de esta mision, ninguno á podido aportar acá; y escribe el capitán del Príncipe, que es nuestro don Juan Perez, que ya no podrá venir, que se halla en San Diego, y que vayan allá, si quieren lo que trae: el otro escribe, que es don Miguel Pino, con Canizares, que se halla en la canal de Santa Bárbara y que se va á San Diego; con que allá tenemos todo y acá nada. El consuelo es que aquellas dos misiones de San Diego y San Gabriel ya quedan fuera de cuidado. Esta, la de San Antonio y el presidio, no están con peligro de abandonarse; pero están con el seguro de que les dure á la gente algunos días la mortificación. Las mulas para subir por tierra son pocas y maltratadas.

“ Los principales mantenedores de la gente son los gentiles; por ellos se vive porque Dios quiere, sin embargo de que la leche de vacas y la verdura de la huerta han sido dos grandísimos sustentáculos de estos establecimientos; pero ambos renglones ya escasean; mas no por eso me pesa ni le pese á vuestra reverencia el que estén fundadas estas misiones, como que no le duele á ministro alguno de los que las pueblan. El desconsuelo solo se ha hallado en las vacantes por dificultad de proseguir las fundaciones. Ya se les ha quitado á los padres de San Luis el continuo desconsuelo de catorce meses de espera con la noticia de que con las abundantes provisiones que traen los barcos prontamente se pondrá su mision, y ver ya para ella todas las cosas prontas.

“ Si para la fundacion de estas se hubiera de esperar los tiempos en que se suben aquellas y los adelantamientos dependiesen de la venida del barco, muchos años se habian de pasar para que se fundase alguna, con la dificultad de venir de esas remotas tierras los socorros, atentas las dificultades que vuestra reverencia mejor que yo conoce y palpa. Todos los ministros gimen y gemimos las vejaciones, trabajos y atrasos que tenemos que aguantar; pero ninguno desea ni piensa dejar su mision. Ello es que trabajos ó no trabajos, hay varias almas en el cielo, de Monterey, de San Antonio y de San Diego, que de San Gabriel no lo sé hasta ahora. Hay competente número de cristianos que alaban á Dios, cuyo santo nombre es en la boca de los mismos gentiles mas frecuentemente que en la de los muchos cristianos. Y aun que presumen algunos que de mansos corderos que son todos, se vuelvan algun dia tigres y

“ leones, bien puede ser si lo permite Dios; pero de los de Monterey vamos ya para tres años de experiencia y los de San Antonio para dos y cada dia son mejores.

“ Y sobre todo, la promesa hecha por Dios en estos últimos siglos á nuestro padre san Francisco (como dice la seráfica madre María de Jesús) de que los gentiles con solo ver á sus hijos se han de convertir á nuestra santa fe católica, ya me parece que la veo y palpo; porque si aquí no son ya todos cristianos, es á mí entender por solo la falta del idioma; trabajo que no me ha venido de nuevo, porque siempre imaginé que mis pecados tenían muy merecida esta gracia, y que en unas tierras como estas donde no se podia prometer intérprete ni maestro en lo humano hasta que alguno de acá aprendiese el castellano, era preciso se pasase algun tiempo.

“ Ya en San Diego venció el tiempo la dificultad, ya bautizan adultos, ya se celebran matrimonios; y aqui estamos ya en disposiciones bien próximas para lo mismo, porque ya se comienzan á explicar los muchachos en el castellano; y en lo demás, si se nos diera algun auxilio, en breve se nos daría poco que viniere. No el barco para asunto de viveres; pero estando las cosas así, poca cabeza podrán levantar las misiones: con todo, yo confío en Dios que todo se ha de remediar.

“ Pues vamos ahora al asunto principal: yo voy á San Diego con el comandante don Pedro Fajes, y vuestra reverencia algun dia ha de reconocer el tramo intermedio entre San Fernando Vellicatá y dicho puerto, para distribuir en él sus cinco misiones, y si pudiese ser ahora, podríamos darnos un abrazo por mediados ó fines de setiembre, y supliría nuestra comunicacion la falta de muchas cartas, y discurriríamos como se pueda adelantar mejor esta gran obra, que sin merecerlo ha puesto Dios nuestro Señor en nuestras manos. El gran consuelo de que me serviría dicha concurrencia lo dejo á la consideracion de vuestra reverencia; pero no lo haga vuestra reverencia por mí sino solo si lo considera conducente al bien de las almas. Procuraremos retirarnos cada uno á su destino antes de las aguas, y me parece haber tiempo competente para todo. Pero sobre todo, pido con eficacia que ó con vuestra reverencia ó por sí solos, vengán en dicho tiempo dos religiosos para la fundacion de San Buenaventura, ó para ministros de San Gabriel, en lugar de los que se fueron enfermos á esas misiones. Viniendo estos, que es puntualmente el número de los que han ido de acá enfermos, ya sabré que no tengo de pedir mas sino del colegio. Los que hubieren de venir, que vengán bien prevenidos de paciencia y caridad y lo pasarán, alegremente, y se podrán hacer ricos, digo en trabajos, pero

CAPITULO XXXII.

BAJA EL VENERABLE PADRE Á SAN DIEGO Y DE PASO FUNDA LA MISION DE SAN LUIS.

“ ¿dónde irá el buey que no are? y si no ara, ¿cómo podrá haber cosecha?
“ Para mientras ande fuera queda administrando esta mision el padre Pieras con uno de los padres de San Luis; que el otro se va para San Antonio, donde queda solo el padre fray Buenaventura Sitjar, para irse aproximando y dar principio á su mision. La de San Antonio, que el dia de san Buenaventura cumplió el año de fundada, ha sido en esta necesidad que ha habido el recurso todo para semillas gentílicas y sus pinoles. Al buen padre Pieras le debe esta mision la caridad de mas de cuatro cargas de tales géneros, pues en esta última venida me trajo tres. Del padre fray Juan nada digo, porque ya por sus cartas sabrá todos sus viajes. En fin, no digo mas; si nos viéremos podremos hablar (con el favor de Dios) de todo; y si no, espero escribir mas largo y tendido.

“ Si vuestra reverencia tuviere ocasion de escribir á nuestro colegio, comunice siempre las noticias ciertas que de por acá tenga, porque si no llegarán mis cartas, tengan siquiera por ese medio alguna razon de estas tierras y misiones. Me encomiendo con finísima voluntad á cada uno de los padres de esas misiones, viejos y nuevos, y que me tengan presente en sus oraciones, y los amigos y conocidos me tengan por excusado escribirles en particular, por lo dicho al principio, razon porque esta ha ido *pro majori parte* de noche. Si los padres Lazuen y Murguía fuesen de los que vengan por estos desiertos, lo dicho dicho de paciencia y ánimo, etc. Deseo á vuestra reverencia las mismas partidas, que segun estoy algo entendido, no son por esas tierras menos necesarias. Concédanolas á todos Dios, y guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mision de San Carlos de Monterey en el Carmelo, y agosto 18 de 1772.—B. L. M. de vuestra reverencia afecto amigo, compañero y siervo.—*Fray Junipero Serra.*”

Al mismo tiempo que el venerable padre me escribia esta carta, recibí yo las del excelentísimo señor virey y reverendo padre guardian del colegio, en que me daban noticia del concordato hecho con los reverendos padres dominicos para la entrega de la California antigua, y caminaban ya para Monterey los dos religiosos que me pedia para la mision de San Buenaventura, con quienes le tenia escrita aquella novedad, pidiéndole me diese noticia del número de religiosos que necesitaba, para que no se regresasen al colegio. Pero cuando llegó á San Diego la carta, ya el venerable siervo de Dios se habia embarcado para San Blas con el fin de pasar á Méjico á informar al excelentísimo señor virey, como diré adelante.

Viendo el venerable padre por las cartas de los capitanes de los barcos, que no podian subir á Monterey, y la falta de mulas que imposibilitaba conducir las cargas por tierra, tomó el trabajo de bajar á San Diego, para estrecharse allí con los señores marítimos, y de paso dar principio á la mision de San Luis obispo de Tolosa, y á la vuelta fundar la de San Buenaventura. Salió de Monterey con el comandante don Pedro Fajes, que iba al mismo fin, luego que se despachó el correo, y de camino visitó la mision de San Antonio. Alegróse mucho de ver ya en ella tan crecido número de cristianos, y se llevó al padre fray José Cavaller para el establecimiento de la mision de San Luis. Caminaron otras veinte leguas, y llegaron á la vista de la Cañada de los Osos, donde dije hicieron matanza de estos animales para matar la hambre que padecian las gentes, hallando desde luego en ella proporcionado sitio con buenas tierras de pan llevar y un cristalino arroyo que las fecundaba.

Formaron luego una grande cruz, que después de enarbolada la adoraron, y se tomó posesion del terreno. Dióse principio al establecimiento el dia 1º de setiembre de 72, diciendo misa bajo de una enramada nuestro venerable fray Junipero, quien saliendo de aquella mision el dia siguiente, segundo de setiembre, prosiguió su viaje para San Diego. Dejó en ella á dos indios californios para que ayudasen, y el señor comandante un cabo con cuatro soldados para escolta, prometiendo al padre que á la vuelta se la completaría hasta el número de diez hombres, porque necesitaba gente para la conduccion del ganado y recua de viveres; por cuya carestía le dejó solo para la manencion del padre, los cinco soldados y los citados dos indios, dos arrobas de harina y tres almudes de trigo; y para que comprasen semillas de los indios gentiles le dejó un cajon de azúcar rojo, quedando muy contento el padre con tan limitado bastimento, poniendo toda su confianza en Dios, y con esto se despedieron.

Luego que empezaron su dilatado viaje los caminantes, dió providencia el padre misionero de San Luis para que los dos indios hiciesen el corte de la madera para la construccion de una pequeña capilla que sirviese de interina iglesia, y la respectiva vivienda para los padres. Lo mismo hicieron los soldados formando su cuartel y estacada para la defensa. Aunque por aquel paraje no habia rancheria alguna de gentiles, en breve tiempo ocurrieron á la novedad; y como quiera que ya habia comunicado cerca de tres meses á los soldados que estuvieran en la matanza de los osos, de que daban agradecidos las gracias por haberles quitado de su tierra tan fieros animales,

que habian matado á muchos indios, no siendo pocos los que, aunque vivos, quedaban señalados de tan terribles uñas, hubieron de manifestarse muy contentos con que los nuestros se domiciliasen en aquel terreno. Visitaban con frecuencia la mision, llevando al padre algunos regalitos de carne de venado y semillas silvestres, que les correspondian con avalorios y azúcar. Por medio de este socorro de los gentiles pudieron mantenerse en el sitio los cristianos entre tanto llegaban los barcos que conducian bastimentos.

Al año de fundada que estuve en ella, tenian ya doce cristiano, y con cuatro familias de los indios californios y algunos solteros neófitos que allí dejé, se aumentó la mision, así en lo material como en lo espiritual, y se fueron convirtiendo los gentiles de modo, que cuando murió el venerable padre presidente, tenia ya bautizados seiscientos diez y seis. Esta mision de San Luis obispo de Tolosa, está situada sobre una loma, por cuya falda corre un arroyo con bastante agua para el gasto y para el riego de la tierra que tiene á la vista, y les produce abundantes cosechas no solo para mantener todos los cristianos, sino tambien para proveer los presidios, con lo cual consiguen ropas para vestir á los indios. Es tanta la fertilidad del terreno, que de cuantas semillas se siembran se cogen abundantes cosechas. Se halla situada en la altura del Norte de 35 grados y 38 minutos, distante como tres leguas del mar, que es la ensenada nombrada el Buchon, hácia el Poniente, de buen camino, y en aquella playa tienen los indios neófitos sus canoitas para la pesca de varias clases de pescado muy sabroso. Se halla la mision distante del presidio de Monterey cinco leguas al rumbo Noroeste y veinticinco al de San Antonio, pobladas de gentilidad, cuya reduccion, por la crecida distancia de las citadas misiones, no será fácil conseguir interin no se pongan otras en los intermedios; respecto á que aquellos habitantes no se avienen á salir de sus suelos patricios, y á la variedad de su idioma, pues á cada paso se encuentra distinto, de modo que hasta la presente no hay dos misiones de igual lengua. Es la de San Luis de un temperamento muy saludable, haciendo en el invierno frio y calor en el verano, aunque sin exceso. El pueblo por temporadas es algo molestado de los vientos por la altura en que se halla. Ha sido esta mision inacomodada por el fuego, pues en tres distintas ocasiones se ha incendiado. La primera vez le puso fuego un gentil con una mecha encendida que amarró á una flecha, y disparó al techumbre, que siendo pajizo prendió mucha parte, por cuya causa padeció considerable atraso la mision en la casa y utensilios. La segunda fué un día de Natividad que á tiempo que los padres estaban en la iglesia cantando la misa del Gallo, se prendió fuego sin saber cómo, el cual se apagó luego por haber acudido prontamente la gente que asistia á la misa, y la última, habiendo

sido mas voraz la quemazon, causó mayores estragos, sin poderse averiguar si fué por casualidad ó por malicia. Para evitar semejantes peligros y atrasos, idearon los padres techarla con teja, á que se ingenió uno de ellos, porque no habia quien la supiese hacer; con lo cual se ve libre del fuego, quedándoles las viviendas bien techadas; y a imitacion de esta han hecho lo mismo en las demás misiones.

CAPITULO XXXIII.

SIGUE EL VENERABLE PADRE SU CAMINO, VISITA DE PASO LA MISION DE SAN GABRIEL, Y LO QUE PRACTICÓ EN LA DE SAN DIEGO.

Tan incesante era el anhelo de nuestro venerable padre Junipero para la consecucion de establecer nuevas misiones, que no saciándose jamás hubo de morir con esta sed; si no es que diga que viendo la imposibilidad de fundar (por falta de ministros) las que ya habia conseguido se erigiesen; este cuidado le abrevió el paso para salir de esta vida y pasar á la eterna á pedir á Dios en la corte celestial operarios evangélicos para las nuevas reducciones. Veia ya fundada la de San Luis, que era la quinta en esta nueva California, y faltaban tres de las proyectadas, y entre ellas la que le llevaba la primera atencion, que era la del seráfico doctor San Buenaventura, así por lo que se expresó en el capitulo XXV, como porque concebía de la innumerable gentilidad que puebla la canal, que se habia de conseguir mucho fruto con esta mision por ser el sitio destinado para ella el que se nombró la *Asuncion de nuestra Señora*, en donde habia un gran pueblo de gentiles, aunque no habia estado en él nuestro apostólico fray Junipero.

Con esta ansia salió de la mision de San Luis y apresurando las jornadas por lo que importaba su pronto arribo á San Diego, anduvo las ochenta leguas que hay de distancia hasta San Gabriel, todas pobladas de gentilidad, y en las veinte de la costa que forma el canal de Santa Bárbara le pareció todavía mayor la abundancia de pueblos de gentiles que lo que le habian dicho; y robándole cada uno el corazón con los deseos mas eficaces de establecer en aquel tramo tres misiones, llegó al término de la canal bajando de Monterey, ó principio de ella para la subida á aquel puerto, que es el sitio y pueblo de la Asuncion; y supuesto que era el mismo lugar premeditado para la mision de San Buenaventura, no quiso pasar adelante el venerable padre sin registrarlo, como lo hizo acompañado del comandante, pareciéndole á ambos ser terreno muy proporcionado para una buena mision, por tener todas las circunstancias que en las leyes de Indias se previenen; y concluido el reconocimiento siguieron su viaje.

Llegaron á la mision de San Gabriel (que era

la única que no habia visto el venerable siervo de Dios) y le causó extraordinaria alegría ver ya allí tantos cristianos que alababan á Dios. Procuró acariciarlos y regalarlos á todos y juntamente á sus padres gentiles, causándole especial complacencia ver aquella espaciosa llanada, capaz para fundar en ella una ciudad. Dió á los padres los parabienes y gracias por lo mucho que habian trabajado en lo espiritual y temporal, y sin admitir descanso alguno salió á continuar su viaje con uno de los de aquella mision para que recibiese los avíos pertenecientes así á ella como á la de San Buenaventura, y llegaron sin especial novedad al puerto de San Diego el día 16 de setiembre.

Luego que se halló allí, sin tratar de tomar ningun descanso de un viaje tan dilatado (y para el venerable siervo de Dios tan penoso por el habitual accidente que padecía en el pié y pierna), se fué á estrechar con el capitán y comandante de los barcos, don Juan Perez, su paisano, haciéndole presente la imposibilidad de transitar las ciento y setenta leguas que hay de camino por tierra hasta Monterey, pobladas todas de gentiles, por carecerse de mulas para ello y de tropa para resguardo de la recua; manifestándole al propio tiempo las necesidades que se habian padecido por la dilacion de los barcos, siendo causa de que muchos soldados desertasen de la tropa y se introdujesen con los gentiles igualándose en sus depravadas costumbres, y que si los demás no habian hecho lo mismo, era por la espectacion que tenían de la pronta venida del barco; pero si ahora habiendo llegado dos se quedaban con la misma necesidad; se marcharian ocasionando la pérdida de las tres misiones del Norte que quedaban fundadas.

Excusábase el comandante de subir á Monterey por estar el tiempo tan avanzado y que el invierno le habia de coger precisamente en aquel puerto, no pudiendo aguantar el paquebot los temporales de aquella altura. Pero el venerable padre Junipero lo animó, diciéndole que confiase en Dios nuestro Señor, por quien se hacia este servicio, pues se dirigía á la conversion de las almas, y que el Señor no habia de permitir contra tiempo cuando se hiciese á su divina Majestad este servicio. Con estas razones eficaces unidas al gran concepto que tenia hecho de la virtud del venerable padre Junipero y confiando en sus oraciones, se resolvió el comandante Perez á subir con su paquebot y carga á Monterey, dando mano luego á disponerse para la subida.

Evacuado este principal asunto de su bajada á San Diego, tiró á concluir los demás. Veíase el fervoroso prelado con cuatro misioneros en San Diego, con el que habia subido en compañía del padre Dumetz de la antigua California y con carta mia en que le daba noticia de la subida de otros dos que le despaché desde Loreto, y en vista de esto envié para Monterey con la recua de los vi-

veres que remitía el comandante Fajes, á los padres Crespi y Dumetz, con el ánimo de dejar en San Diego con el padre fray Luis Jayme al padre fray Tomás de la Peña (de la provincia de Cantabria), que acababa de subir de la antigua California, y con los otros que esperaba pasar á la fundacion de San Buenaventura. Luego que se vieron desocupados, así de la salida del paquebot el Príncipe para Monterey, como de la de la recua de víveres que caminaba por tierra, trató nuestro venerable fray Junipero de la nueva fundacion, esperando por instantes los dos padres arriba dichos.

Consultó el punto con el comandante Fajes para el efecto de la escolta y demas auxilios necesarios para la fundacion; pero halló cerrada la puerta y que iba dando tales disposiciones, que si llegasen á ponerse en planta, lejos de poder fundar, amenazaban el riesgo de que se perdiese lo que tanto trabajo habia costado para lograrse. Para atajar estos acaecimientos, de que podian resultar notables quebrantos, hizo el venerable padre cuantas diligencias le dictó su mucha prudencia y notorio alcance; pero nada bastó para lograr su intento. Este motivo le dió á conocer que semejante novedad procedía de mutacion en el superior gobierno, por la falta de los señores virey y visitador general, que habian pasado á España, á cargo de los cuales, como principales motores de esta espiritual conquista, corria su proteccion, y que por no estar el nuevo señor virey enterado de los nuevos establecimientos, tomaba esta obra tan contrario semblante. Tratólo todo con los tres misioneros que se hallaban en San Diego, los dos de aquella reduccion y el otro de la de San Gabriel, y fueron de parecer que convenia fuese en el barco que estaba próximo á salir para San Blas el venerable padre presidente ó el misionero que gustase enviar para ir á Méjico á á informar á su excelencia.

Desde luego le pareció al venerable padre muy conveniente este informe; pero para deliberar con mayor acierto, dispuso que el día siguiente, 13 de octubre, dedicado á San Daniel y sus compañeros, se les cantase una misa solemne para que pudiesen á Dios luz para determinar lo que fuese de su mayor agrado, y que entre tanto cada uno de los religiosos por su parte lo encomendase á nuestro Señor. Hicieronlo así, y después de cantada la misa, se juntaron los cuatro misioneros y fueron de parecer que fuese uno de ellos, y que seria mas conveniente fuera el venerable padre, que como presidente estaba impuesto de todo; pero que si por sus accidentes y avanzada edad no pudiese, nombrara al religioso que gustase.

En vista del dictámen de los tres padres compañeros, se avino nuestro venerable fray Junipero á hacer el viaje de doscientas leguas por tierra, después de la navegacion, olvidando sus accidentes y avanzada edad de sesenta años. Poniendo toda su confianza en Dios, por quien se